

los internacionalismos homoneizantes que, por "la razón" o por la fuerza, niegan a los pueblos el derecho a ser ellos mismos.

Cuando en este momento de su trayectoria varias veces centenaria, enfatiza el apostolado social, dirigiéndose al encuentro con los agentes de cambio -los pueblos- no hace más que retomar a su sentido originario, criticando con inusitada valentía sus desviaciones históricas.

Superado el largo repliegue histórico iniciado a mediados del S. XVIII, durante el cual debió aceptar, por lo menos tácita y parcialmente, las reglas de juego de su adversaria, la sociedad del lucro y el individualismo, la Compañía vuelca a desplegar a pleno sus banderas iniciales de comunidad, fe y disciplina, al servicio de los pueblos.

Concibiendo el apostolado social como la inmersión religiosa en la vida de los Pueblos, la Compañía firma prácticamente, que sólo a partir de esa concreción es factible la construcción de una sociedad más humana, es posible "hacer la Justicia".

Y es allí, en los pueblos -personas estructuradas por autonomasia- que la Iglesia reconoce y reafirma -y dentro de la Compañía- su sentido de disciplina y su concepto de organización.

Coherentemente, la Congregación General XXXI, orienta el Apostolado de la Educación hacia las "...soluciones de tipo regional dada la gran variedad de circunstancias de unos países con respecto a otros y por el hecho que nuestra enseñanza constituye sólo una parte muy pequeña del conjunto educacional de cada Nación".

JORGE MARIO BERGOGLIO S.J.
Provincial

Buenos Aires, 27 de agosto de 1974.

Homilía pronunciada por S. E .R. Monseñor Jorge M. Bergoglio, S. J., en la Catedral Metropolitana de Buenos Aires.

12 de octubre de 1992.

1. El 12 de octubre Colón *planta*, junto a sus ilusiones, una *Cruz*. Y, desde entonces, junto a las ambiciones, al deseo de superación, a los más nobles ideales y a las ciegas pasiones, fue creciendo silenciosamente el árbol de la cruz, sufriendo pero esperanzado, siempre invitando a una nueva vida. *Fue creciendo el árbol de la cruz* dando frutos de "bienaventuranza", conformado y consolidando el pueblo americano.

2. Así, este pueblo americano, este pueblo fiel de Dios, en lo más hondo de su corazón, vivió la audacia y el idealismo más noble de sus conquistadores, su sentido del propio honor y la propia dignidad. Y, por otra parte, goza también de los dones más puros de sus indígenas: el apego a la tierra y la necesidad de convivir armoniosamente con ella, el silencio sapiencial que todo lo soporta sólamamente quebrado por la desbordante necesidad de festejar, de gozar, de postrarse ante las propias creencias.

3. En este corazón americano bulle también el odio y la violencia. Y nosotros, al pensar en él, no siempre tuvimos la serenidad suficiente como para saber que pudimos ser exterminados y fuimos mestizos de razas enfrentadas, pudimos ser esclavos de una colonia mercantil pero fuimos ciudadanos de un Reino.

4. Este corazón americano sabe de las injusticias y del atropello, pero -a la vez- siente la Providencia de un Padre y, más aún de una Madre, que permitieron que no desaparezcamos en el proyecto excluyente de intereses económicos; sino que hemos podido ser un pueblo nuevo, hijos de culturas desangradas que dieron lo mejor de sí en este nuevo nacimiento.

5. Como el trigo y la cizaña, la *Cruz plantada* en San Salvador vino con las pasiones de los hombres, las más altas y las más encontradas: junto al pecado, la gracia; para que que sobreabundara la vida allí donde más se sintieran las contradicciones. Esta *tensión permanente* marca la vida del americano: el deseo desbordante de poder ser, de poder realizarse necesita de la Cruz paciente, amorosa, que no permite la esterilidad de la violencia que nos autodestruye.

6. Así, cuando el choque de las culturas fue inevitable, ante la doble tentación: o de explotar y expoliar, o de marginarse resistiendo en la selva y montañas hasta la aniquilación total, surgieron las Leyes de Indias y la incansable labor de misioneros, gobernantes criollos y caciques que se abocaron a la solidaridad de enseñar y aprender, trabajar y defenderse.

7. Los vaivenes políticos fueron nefastos, los encomenderos y los decadentes imperios indígenas, también, pero en el alma americana se va forjando -como duro acero, lentamente- el amor por la solidaridad, la fe inagotable de que siempre hay algo que celebrar. Y si queremos señalar pasiones: el abuso conquistador por un lado, y la huida al monte junto a los hechiceros por otro; pero, entre ambas pasiones mediaron las Reducciones y Misiones que, con trabajo y al calor de la naciente piedad popular, iban cultivando la civilización del compartir, de la creatividad, de la alegría del sacrificio.

8. Y, cuando siglos más tarde, se presentó la opción de abrir la propia etnia a una extranjera o decidirse por un cerrado nacionalismo, el pueblo -con su calidez y su sentido fraternal- incorporó las corrientes migratorias y las hizo suyas, más allá de todo cálculo... y las generaciones posteriores se sintieron parte de esta tierra. Y, si más allá también de errores y fracasos, miramos todos los intentos sociales de realización histórica, equidistantes entre las grandes potencias e intereses ideológicos, vemos que estos han salido del común sentir y pensar que une a nuestros pueblos, llevándolos a organizarse libremente, a buscar la paz como fruto de la justicia. Floreció así, en América, el consejo que el Obispo de Badajoz, diera a Don Carlos I: "harás pueblos felices, hermanos en la justicia, sin que unos se expolien a los otros".

9. Pueblos que andan su destino y que, aun en los momentos más duros, tendrán ánimo para bailar, para disfrutar el Don gratuito de "ser" y de seguir esperando. Esos pueblos saben que, a través de la cruz de las injusticias y frustraciones, nos llega la vida de la solidaridad y amistad mutua... Estamos acostumbrados a percibir que, en los tiempos de Dios, todo tiene un sentido, un valor, una Palabra que nos es dirigida.

10. Hay, en fin, en este corazón americano, la íntima creencia de que sólo la unión de corazones, en la lealtad a las convicciones más caras de su manera de vivir y de amar, puede vencer el tiempo y sus contrariedades. Puede que este corazón americano nos parezca indolente, puede que nos angustie el no marchar a la par de los pueblos que compiten y luchan por el progreso desmedido. Pero detrás de tal aparente indolencia hay nostalgia sapiencial: nuestros pueblos han aprendido que la solidaridad y la calidad de vida, y la necesidad de la paz

del espíritu, son riquezas mayores que las materiales. De ahí el heroico mérito de nuestro sufrido corazón americano: nunca dejar de ser lo que se es. Aun más allá de injusticias, traiciones, fracasos, no dejar de celebrar la propia dignidad, la de la fe sencilla pero inquebrantable, la de la esperanza paciente, aquella que nuestro sabio criollo expresó a sus hijos frente al hecho de la dispersión: recuerden que el fuego va siempre por debajo.

11. La Cruz fue plantada y a su sombra ha crecido el sentido de reserva religiosa que tiene nuestro pueblo fiel. Nuestro pueblo tiene alma, y -porque podemos hablar del alma de un pueblo- podemos hablar de una hermenéutica, de una manera de ver la realidad, de una conciencia de su dignidad. Se trata de una conciencia histórica cuya personalidad no se ha derivado de un sistema económico o político, sino que se ha ido moldeando en hitos significativos. No es el fruto de una "teoría" sino de una vida, que es cristiana en su raíz.

12. Quizá para entender el por qué de esta manera de ser tengamos que remontarnos a los recuerdos más caros de familia y rastrear el coraje, la capacidad de discernimiento y decisión de los primeros santos que florecieron en esta tierra. Al real sentir de nuestro pueblo americano sólo nos acercamos en la persona de sus santos: ellos son el "lugar cultural y teológico" del corazón americano. En el encuentro con sus santos y de manera especial en el encuentro con su Madre, la Reina de los santos, este pueblo es capaz de explicitar sus anhelos arraigados, su vida, su ética, su laboriosidad. Sí, su laboriosidad: porque el trabajo es, para nuestro pueblo, una fuente de dignidad. Y si quisiéramos adentrarnos en su "teoría de clases", encontraríamos una división muy simple pero muy real "los que trabajan y los zánganos. Porque nuestro pueblo, cuando juzga, lo hace desde una conciencia moral, y los principios de esa conciencia son la solidaridad, la justicia y el trabajo.

13. Este pueblo fiel no divorcia su fe cristiana de sus proyectos históricos ni tampoco los mezcla en un mesianismo revolucionario. Este pueblo cree en la Resurrección y la Vida: bautiza a sus hijos y entierra a sus muertos. Nuestro pueblo reza, y pide la salud, el trabajo, el entendimiento familiar... y -para la Patria- la paz. Este mismo pueblo que pide la paz sabe de sobra que ésta es fruto de la justicia.

14. Desde tiempo atrás, el Santo Padre San Juan II nos invitó a los americanos, y especialmente a los argentinos durante su visita, a una nueva Evangelización. Podríamos agregar hoy que esta evangelización sería incompleta si no nos atrevemos a renovar la fundación de Argentina siendo fieles a nuestro corazón americano: si no replanteamos en nuestros corazones jóvenes la voluntad cons-

tante de que la solidaridad y el empeño repartido y justo podrá más que la competencia descarnada y el eficientismo de los números que no miden el sufrimiento humano. Una Argentina humana, donde el ser y el compartir el ser sean más que el tener. *La Cruz plantada* hace 500 años nos exige luchar. *Que no ganen* los intereses mezquinos, como *nuevos encomenderos*, ni se oculte la injusticia en la eficiencia. *Que no gane* el corazón de nuestros pueblos la marginación y la miseria, la discriminación social, la droga y la subeducación *como nuevos montes y hechiceros* que postergan y atrasan. Que nos anime más bien el espíritu de *un nuevo mestizaje*, de una nueva cultura: organizamos en libertad, que la Sociedad tenga sus instituciones libres para que nadie quede desamparado, que la iniciativa privada pueda actuar, ser creativa con seguridad y sentido social, y que el Estado vele por el bien de todos, sin ahogar ni entrometerse, pero tampoco sin resignar nada que caiga dentro del ámbito del Bien Común. No dejemos que tanto sacrificio de cinco siglos y un día sirva sólo a unos pocos para que el odio y la impotencia no se vuelva contra todos. Si somos capaces de realizar un proyecto en el que nadie quede excluido, en el que los bienes y las cargas se reparten, no importan ni el tiempo ni las dificultades... porque este pueblo sólo conoce la felicidad de Dios, la de sentirse unido, la de "ser" y la de la esperanza que "no decepciona".

Proyección cultural y evangelizadora de los mártires rioplatenses

Mons. Dr. Jorge Mario Bergoglio, S.J.
Obispo auxiliar de Buenos Aires

1. "Señor: El nuevo mundo que los gloriosos progenitores de Vuestra Majestad añadieron a su imperio no ha dado más corona a V.M. que a la Iglesia, quizás para que se conozca que no es más poderosa la naturaleza que la gracia. En aquellos primeros capitanes, que militaron a la gloria temporal de España, peleaba con secreto influjo el valor de sus reyes; pues a los ecos de su nombre crecía en los más cobardes el brío como a la presencia del sol las mieses perzozas. En estos soldados del Evangelio, quién duda que milita el católico celo de V.M. y aquel costoso deseo de dilatarle y de que llegue el nombre de Cristo adonde se desdeñó de penetrar la codicia de los hombres? Los campos del Paraguay serán testigos de esta verdad; pues los que por su esterilidad *no merecían ser buscados de la humana ambición*, los halló en el celo de los ministros evangélicos, para fecundarlos con *ambición religiosa*. Estas *tres plantas de gloriosísimos mártires* (primer fruto de aquellas vegas) se presentan ante V.M. como ante su *Señor natural*, esperando que se dignará de que lleguen a sus manos, a la manera que gusta V.M. alguna mañana tomar por su mano propia las primeras flores del verano de sus reales jardines. Guarde Nuestro Señor la católica y real persona de V.M. como la cristiandad ha menester". Así escribía el P. Juan Bautista Ferrufino, Procurador General de la Provincia del Paraguay, al Rey de España, para informarle sobre el martirio de los Padres Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo.

La relación exuda la Meditación del Reino y tiene el colorido de un triunfo, tal como espontáneamente lo vivieron los indios al recibir -días después del martirio- los cuerpos mutilados y semicalcinados de los Padres: "que los recibió el pueblo con gran veneración y regocijo de danzas, repiques de campanas y otras fiestas", narra el P. Vázquez Trujillo, Provincial de entonces. Pero también en la carta del P. Ferrufino al Rey aflora la *memoria de un encuadramiento histórico*: no resulta difícil leer entre líneas el texto del Codicilo de Isabel I de Castilla: "...nuestra principal intención fue... de procurar inducir e traer los pueblos dellas e los convertir a nuestra Santa Fe Cathólica, e enviar a las dichas Islas e Tierra Firme, Prelados e Religiosos e otras personas doctas e temerosas de Dios, para instruir los vezinos e moradores dellas en la Fe Cathólica, e los